

El Pensamiento

Su Poder y su Empleo

C. W. Leadbeater

La Teosofía nos enseña – y esto no es una simple opinión ni una teoría, sino un hecho comprobado – que el pensamiento es una fuerza que cualquiera que la ejercite puede aprender a manejar y por su empleo el individuo se hace capaz de progresar por sí mismo y de hacer mucho bien en el mundo. La presente conferencia puede servir últimamente de preámbulo a un estudio más detenido.

Los que desconocen la Teosofía la consideran como un simple sistema filosófico; nada más lejos de la verdad. Su enseñanza no es ningún modo una especulación intelectual; está completamente basada en la experiencia y en la observación de los fenómenos y de las fuerzas de la naturaleza.

Del estudio de la Teosofía se deriva una regla práctica de la vida, y esta regla se imprime forzosamente en los pensamientos y actos de aquellos que se entregan a ella, porque este estudio implica el de la vida tal como es realmente, de suerte que los que la estudien aprenden a conocer por completo el mundo en que viven, en lugar de ver su parte menos importante. Esto les conduce a comprender las leyes de la evolución, y se esfuerzan naturalmente en vivir en armonía con ellas, teniendo tan en cuenta la parte invisible del mundo, como su parte infinitesimal que está limitada a nuestros sentidos físicos.

He escrito otras veces acerca de la naturaleza del mundo invisible. Por el momento concentremos nuestra atención en una de sus más sorprendentes características: la facultad de los tipos más sutiles de la materia que lo constituyen de responder rápidamente bajo la influencia de los pensamientos y de las emociones humanas.

Los que no han estudiado este asunto difícilmente pueden comprender la realidad de estas fuerzas, y que su acción sobre las clases sutiles de materia es bajo todos conceptos tan determinada como la del vapor o la electricidad en la materia física.

Nadie ignora que un hombre que tenga a su disposición vapor o electricidad en gran cantidad, puede llevar a cabo un trabajo útil y producir resultados definidos; pero muy pocos saben que cada hombre posee cierta cantidad de otro poder más elevado con el cual se pueden obtener resultados no menos definidos y reales. Sin embargo, siendo éste el estado actual de la materia en el mundo físico, muy pocos individuos poseen una gran cantidad de estas fuerzas, y aun son menos los capaces de enriquecerse por este medio. Al contrario – y éste es rasgo saliente, el gran interés que presenta el lado invisible de la vida –, todo ser humano, viejo o joven, posee estas fuerzas elevadas en notable proporción, y las riquezas de los planos superiores obtenidos por el empleo juicioso de esos poderes están, por consiguiente, al alcance de todos.

Estos poderes son, pues, de propiedad de todos, pero hasta el presente sólo son empleados inteligentemente por un pequeño número. He aquí un hecho digno de que tratemos de demostrarlo y de buscar en qué base de la verdad se apoya; en realidad existen aún para inducirnos a esto otras razones además de las que hemos mencionado.

La verdad es que todos nosotros empleamos estos poderes, pero inconscientemente; y a causa de tal ignorancia, los empleamos injustamente, haciendo de esta suerte más mal que bien.

La posesión de un poder implica siempre una responsabilidad; por esto, a fin de evitar hacer mal sin intención, a fin de utilizar del mejor modo posible estas magníficas posibilidades, es útil que nos instruyamos, sobre este punto, lo más completamente posible.

¿Qué es, pues, el pensamiento y cómo se manifiesta?

Los que no tienen más que un conocimiento superficial de la Teosofía, saben que el hombre posee un vehículo que corresponde a cada uno de los planos de nuestro sistema solar, que su cuerpo astral es el vehículo de las pasiones, deseos y emociones, y se expresa por medio de un vehículo superior, de materia más sutil, llamado habitualmente cuerpo mental. En este último vehículo, el pensamiento se manifiesta desde el primer momento a la vista del clarividente; aparece bajo la forma de una vibración de la materia de este vehículo produciendo efectos variados y análogos a los que podríamos esperar de un experimento científico.

1.º El pensamiento produce un efecto primario en el mismo cuerpo mental, y así se establecen las diferentes costumbres.

Existen en el cuerpo mental un gran número de clases de materia; cada una tiene su propia clase de vibración a la que parece adaptarse mejor, de suerte que responde rápidamente y tiende a repetirse tan pronto como una corriente de pensamiento violento le ha obligado a abandonarla. Un pensamiento suficientemente fuerte puede, durante un instante, hacer vibrar de la misma manera toda una división del cuerpo mental; si este pensamiento se repite, experimenta cada vez menos dificultad; poco a poco se establecerá la costumbre en una parte del cuerpo mental de vibrar en este diapason y le será fácil al hombre repetir un pensamiento especial.

2.º El pensamiento produce un efecto en los vehículos humanos superiores o inferiores al cuerpo mental por la densidad.

Sabemos que, en el plano físico, el movimiento de una clase de materia se comunica rápidamente a otra clase; por ejemplo, un terremoto, levanta en el mar enormes olas. De la misma manera la agitación que se produce en el cuerpo astral y que nosotros llamamos una emoción, originará en el cuerpo mental, vibraciones de pensamientos correspondientes a esta emoción. Recíprocamente, las vibraciones mentales afectan el cuerpo astral cuando son de una clase adecuada para afectarle; es decir, que ciertas clases de pensamientos provocan inmediatamente una emoción.

Así como la vibración mental actúa sobre la materia astral más densa, del mismo modo y tan inmediatamente actúa sobre la materia más sutil del cuerpo astral. He aquí cómo los pensamientos habituales del hombre edifican las cualidades en el Ego mismo.

Acabamos de considerar el efecto de los pensamientos en el hombre; en primer lugar, su tendencia a reproducirse; en segundo lugar, su acción permanente, no sólo sobre sus emociones, sino sobre todos sus cuerpos.

Llegamos a su acción fuera de sí mismo en el océano de materia astral que le rodea como la atmósfera rodea su cuerpo físico.

3.º El pensamiento produce, según su naturaleza, vibraciones radiantes simples o complejas. Estas vibraciones pueden en ciertas condiciones, quedar localizadas en el plano mental, o pueden también obrar en los planos superiores o inferiores. Si el pensamiento es puramente intelectual e impersonal; si, por ejemplo, el pensador estudia una cuestión

filosófica o trata de resolver un problema de álgebra o de geometría, la onda vibratoria no afectará más que al plano mental. Si el pensamiento es de naturaleza espiritual; si está matizado de amor o adoración o encierra un profundo sentimiento de altruismo, se elevará al reino del plano mental superior,¹ y aun al plano búddhico,² le podrá prestar un poco de su esplendor y de su gloria, y esta combinación lo hará mucho más poderoso. Si, por el contrario, el pensamiento está matizado por un deseo egoísta o personal, su vibración será inmediatamente atraída hacia abajo y gastará la mayor parte de su energía en el plano astral.

Todas estas vibraciones obran, pues, es su nivel respectivo, en las mismas condiciones que una vibración luminosa o sonora obra sobre el plano físico; estas vibraciones irradian en todas direcciones, debilitándose a medida que se alejan de su origen.

No olvidemos tampoco que estas vibraciones no tan sólo afectan al océano de materia mental que les rodea, sino a los demás cuerpos mentales que se bañan en él. Nosotros estamos familiarizados con la experiencia de la nota del piano o de la cuerda del violín que, resonando, hace vibrar la nota correspondiente de un instrumento semejante afinado a tono con el mismo diapasón. Del mismo modo que la vibración emitida por un instrumento es transportada a través del aire y obra sobre otro instrumento, igualmente la vibración del pensamiento emitida por un cuerpo mental se transmite a través de la materia mental ambiente y es reproducida en otro cuerpo mental.

Esto permite decir desde otro punto de vista, que el pensamiento es contagioso; volveremos a hablar después acerca de este punto.

4.º Cada pensamiento origina, no tan sólo una vibración, sino también una forma definitiva e independiente, dotada de fuerza y de cierta clase de vitalidad que, en gran número de casos, se conduce exactamente como una entidad con vida momentánea. Esta forma puede, como la vibración, permanecer en el plano mental; pero más frecuentemente descendiendo al nivel astral, el plano de las emociones, y reproduce su principal efecto.

El estudio de estas formas del pensamiento es muy interesante; este estudio está hecho de una manera muy completa, acompañado de grabados, en el libro *Formas del Pensamiento*.

Ahora nos ocupamos menos de sus aspectos que de sus efectos y del modo cómo pueden ser utilizados, y consideraremos separadamente la acción de estas dos manifestaciones del poder del pensamiento.

Según la naturaleza del pensamiento, la vibración es simple o compleja. Su energía se vierte principalmente en uno de los cuatro niveles de la materia mental, los cuatro subplanos que constituyen la división inferior del plano mental.³

¹ El cuerpo del hombre correspondiente al plano mental superior es el cuerpo causal mencionado anteriormente.

² La palabra “búddhico” es de naturaleza oriental; su sinónimo en Occidente es la palabra “crístico”, término empleado a menudo por los místicos. Este plano búddhico o crístico es el plano de la espiritualidad, de la Sabiduría, del Amor puro.

Los grandes Iniciados, los Mesías, son conscientes de las vibraciones de este plano y de allí reciben su fuerza espiritual, su sabiduría y su amor perfecto – (N. D. T.)

³ Cada plano comprende siete subplanos por orden de densidad.

Estos diferentes planos no están, como podría creerse, superpuestos; son estados de materia, y por consiguiente se interpenetran y sirven de vehículo, según su densidad, a la vibración física, emocional o astral, intelectual o mental, etc.

La mayor parte de los pensamientos del hombre, así como sus deseos y emociones, se concentran a su alrededor, y las vibraciones mentales así engendradas pertenecen al subplano mental inferior; en efecto, la porción del cuerpo mental correspondiente al subplano inferior es la única que está en la actualidad plenamente desarrollada y activa en la gran mayoría de la humanidad.

Es preciso no olvidar con respecto a esto, que la condición del cuerpo mental difiere mucho de la del vehículo astral.

En las personas de cultura ordinaria de nuestra raza, este último cuerpo está tan completamente desarrollado como el cuerpo físico, y el hombre es perfectamente capaz de emplearlo como vehículo de conciencia. No tiene aún la costumbre ni la conciencia de sus poderes; sin embargo, están presentes y bastaría que el hombre se acostumbre a emplearlos. Cuando durante el sueño o después de la muerte el hombre se encuentra en el plano astral, puede muy bien ver, oír y moverse a voluntad.

En el mundo mental, las condiciones son muy distintas, pues el cuerpo mental está lejos de estar tan completamente desarrollado, y este desarrollo está comprendido en la evolución en que la raza humana está empeñada en la actualidad. Este cuerpo no puede ser empleado como vehículo más que por aquellos a quienes los Instructores que pertenecen a la Gran Fraternidad de los Iniciados lo han desarrollado de un modo especial.

En el hombre de nivel mediano, no está más que imperfectamente desarrollado y no podría servirle de vehículo separado de conciencia. En la mayoría de los hombres, las partes superiores del cuerpo mental están aún en estado latente, aunque las partes inferiores estén en plena actividad; en efecto, mientras que la atmósfera mental es agitada por las vibraciones de los subplanos inferiores, los planos superiores son en comparación muy débilmente activos. Fijémonos en este hecho, que nos será indispensable para estudiar las posibilidades del poder del pensamiento, así como la distancia de transmisión de la onda mental.

La distancia recorrida por la onda mental, la fuerza y la persistencia con que impresiona los otros cuerpos mentales, dependen del vigor y la claridad del pensamiento que le ha dado origen. La acción del pensamiento en este caso es análoga a la voz de un orador que pone en movimiento las ondas sonoras del aire: irradia a su alrededor en todas direcciones conduciendo las palabras a los que se encuentran al alcance de oírlas, y la distancia que la voz puede recorrer depende de la fuerza y claridad de su enunciación.

Exactamente de la misma manera, un pensamiento fuerte irá mucho más lejos que un pensamiento débil e indeciso; pero la claridad y la precisión tienen aún más importancia que la fuerza.

Así como la voz de un orador no es oída por el que no está atento o por un hombre absorto en el trabajo o el placer, lo mismo una fuerte onda de pensamiento pasa rápidamente sin afectar la mente de un hombre absorto en otra idea.

Así, pues, muchas personas no piensan ni con precisión ni con energía, salvo cuando persiguen algún proyecto que exige toda su atención; así es que buen número de seres son aptos para ser efectuados por los pensamientos que cruzan su mente.

Estas vibraciones poseen en sumo grado la facultad de adaptación. Si el cuerpo mental que encuentran responde con bien a todas sus características, éstas se reproducen exactamente. En el caso contrario pueden producir también efectos muy pronunciados, pero simplemente análogos. Supongamos, por ejemplo, un católico que se arrodilla con piedad ante una imagen de la Virgen: emite a su alrededor en todas direcciones fuertes vibraciones de devoción que afectan la mente o el cuerpo astral de otro católico, despertando en él

pensamientos y sentimientos idénticos. Si estas vibraciones alcanzan a algún cristiano de otra secta al que la imagen de la Virgen no le es familiar, despertarán en él el mismo sentimiento de fervor, pero siguiendo el sendero habitual en este hombre, su fervor se dirigirá hacia el Cristo. Igualmente, si estas vibraciones afectan a un mahometano, suscitarán su piedad por Alá; en un indio, el objeto de adoración podrá ser Krishna; y para un parsi, Ahuramazda. En una palabra: allí donde la adoración encuentre una posibilidad de respuesta, despertará. Si se encuentra en el cuerpo de un materialista al que la idea de devoción le es desconocida, producirá igualmente en él un pensamiento elevado.

No podrá despertar una clase de vibración a la que no está acostumbrada, pero su efecto será hacer vibrar una parte elevada de su materia mental, y esta acción, aunque menos deseable que en el caso de un receptor sincrónico, no dejará de ser buena.

La acción del pensamiento impuro y malo está regida por las mismas leyes. El hombre bastante insensato para permitirse pensar en otro, con odio o envidia, emite vibraciones que tienden a provocar en este último pensamientos semejantes; asimismo, si una persona es ajena a todo sentimiento de odio y está, por consiguiente, en la imposibilidad de compartir semejante pensamiento dirigido hacia ella, la vibración de este pensamiento hará nacer, sin embargo, en ella, un sentimiento análogo hacia una persona cualquiera.

La acción de la forma de pensamiento es más limitada pero mucho más precisa que la de la vibración. La forma del pensamiento no puede alcanzar a tantas personas; se puede decir que no puede obrar sobre un hombre, sino cuando éste tiene en sí mismo elementos en armonía con la vibración que es el alma de este pensamiento.

Probemos ahora de clasificar estas formas de pensamiento a fin de distinguir con más claridad su acción y sus posibilidades.

1.º Consideraremos desde luego el pensamiento dirigido de una manera determinada hacia una persona; un pensamiento de afección, de gratitud, o lo que es desgraciadamente frecuente, de envidia o de celos. Como los demás pensamientos, éste engendrará vibraciones y tenderá a reproducirse en la mente de aquellos que estén en la zona de su influencia.

Pero si la forma del pensamiento creada por él, está animada de una intención más energética; así que sale de los cuerpos mental y astral del pensador, va derecha hacia la persona a quien se envía y se aferra a ella.

Una forma-pensamiento puede compararse a una botella Leyden cargada de electricidad. La botella representa la materia de los planos mental y astral, formando su cuerpo; y la carga de electricidad, a la vibración del pensamiento, que es el alma de esta forma. Si el ser hacia el cual va dirigida se encuentra en un estado pasivo, y si tiene en sí vibraciones de la misma especie, y por consiguiente en armonía con ella, la forma de pensamiento se descargará en seguida sobre él e intensificará sus vibraciones; si no hay en él vibraciones sincrónicas las despertará.

Si la mente de la persona está en aquel momento tan intensamente preocupada que la vibración no la pueda penetrar, la forma revoloteará a su alrededor esperando el momento favorable para cumplir su misión.

2.º Cuando el pensamiento no está dirigido hacia una persona, pero está relacionado principalmente – como sucede en la mayoría de los pensamientos humanos – con el mismo pensador, la vibración se extiende en todas las direcciones en tanto que la forma del pensamiento queda flotando en el ambiente de su creador, tendiendo constantemente a

reaccionar sobre él. Mientras su mente está ocupada en un negocio o una idea cualquiera, la forma sigue flotando y espera su turno.

Cuando cesa el curso de las ideas, o en un instante en que la mente permanezca inactiva, la forma del pensamiento aprovecha la ocasión de reaccionar sobre él e inmediatamente reproduce su vibración a fin de provocar la vuelta del pensamiento a que cedió el pensador precedentemente.

Muchos hombres viven rodeados de una envoltura de formas de pensamiento cuya presión se deja frecuentemente sentir. Otros ejercen, también del exterior, una constante sugestión, y cuando son malos, nos creemos tentados por el demonio, mientras que en realidad nosotros somos nuestro propio tentador y nuestros pensamientos de maldad son nuestras propias creaciones.

3.º Llegamos a la clase de pensamientos que no se concentran alrededor del pensador y cuyo objeto no es personal. La forma del pensamiento generada no queda suspendida alrededor del pensador, y como no es especialmente atraída por alguna otra persona, flota perezosamente allí donde ha nacido.

Cada hombre en la vida produce así tres clases de formas de pensamientos: las que proyecta fuera de sí con un objeto definido, las que flotan a su alrededor y le siguen allí donde va, y finalmente, aquellas que deja tras sí como un rastro que indica su camino.

La atmósfera está llena de pensamientos de esta tercera clase: vagos e indeterminados; de suerte que cuando andamos nos abrimos paso, por decirlo así, a través de masas enormes de pensamientos, Si nuestra mente no está ocupada, estos vagos fragmentos errantes emanados de otro, pueden afectarla seriamente.

La mayoría de estos pensamientos, cuando atraviesan una mente inactiva, no despertarán generalmente un interés especial; mas a veces se encuentra uno que le llama la atención, la mente se apodera de él, lo nutre por algún tiempo y lo envía un poco más fuerte que lo había recibido.

Esta mezcla de pensamientos salidos de diverso origen, evidentemente, apenas tienen cohesión; pero es preciso temer que uno de ellos llegue a ser el punto de partida de una asociación de ideas y haga trabajar a la mente por su propia cuenta.

Si cuando nos paseamos nos detenemos para preguntarnos: “¿En qué pensaba? ¿Por qué y cómo, por qué enlace de pensamientos, he llegado a este punto?” Si intentamos volver atrás siguiendo la línea de nuestros pensamientos durante los últimos diez minutos, nos sorprenderemos probablemente al descubrir el número de pensamientos vagos e inútiles que han atravesado nuestro cerebro en el curso de un breve momento. Las tres cuartas partes de ellos no son nuestros propios pensamientos; son fragmentos que hemos cogido durante el camino. En la mayoría de los casos, son completamente inútiles y su tendencia es más mala que buena.

Ahora comprenderemos hasta cierto punto la acción del pensamiento; busquemos las consideraciones prácticas que resultan de este conocimiento, así como el modo cómo podemos emplearlo para ayudar a los demás y hacer progresar nuestra propia evolución.

El estudiante científico de la labor del pensamiento nos enseña que su importancia desde el punto de vista de la evolución es infinitamente más grande de lo que nosotros suponemos. Puesto que cada pensamiento y cada emoción producen un efecto permanente, fortaleciendo o debilitando una tendencia; puesto que, por otra parte, cada vibración mental y cada forma de pensamiento reacciona inevitablemente hacia el pensador, es evidente que el hombre debe registrar con el cuidado más grande los pensamientos que admite.

El hombre ordinario raramente intenta reprimir una emoción cuando ésta se presenta: se abandona a ella y considera que esto es muy natural.

El que ha estudiado científicamente la acción de esas fuerzas, comprende que su interés, así como su deber, es el de modificarlas y examinarlas antes de permitirles que le influyan, para saber si son o no perjudiciales a su evolución. En lugar de dejarse dominar por sus emociones, debe tenerlas completamente bajo su dominio; y puesto que en el estado actual hemos alcanzado el que corresponde al desarrollo del cuerpo mental, debemos tomar la cosa con seriedad y buscar lo que falta hacer para ayudar este desarrollo.

En lugar de permitir a la mente que se abandone a sus deseos, nos esforzaremos en hacer valer nuestro derecho de dominio sobre ella. La mente no es el hombre; es el instrumento que el hombre debe aprender a manejar y no la debe abandonar ni autorizar para que permanezca inactiva por temor de que una forma de pensamiento errante se introduzca y la influya

El eminente doctor Wotts hizo notar, hace mucho tiempo, que “Satanás encuentra siempre ocasión de hacer mal por medio de las manos perezosas”. Esta palabra encierra ciertamente gran parte de verdad si se le aplica a los planos superiores. La mente que permanece desocupada es mas apta para recibir las malas impresiones que las buenas, y el primer paso hacia el dominio de la mente es el de ocuparla cuidadosamente. Es muy útil tener selección de pensamientos buenos y útiles sobre los que la mente pueda trabajar y hacia los que se volverá cada vez que un deber imperioso no se imponga a su actividad.

Otro punto más importante para su dominio es aprender a hacer cuidadosamente todo lo que haga; en otros términos, adquirir el poder de concentración.

Esto no es una tarea fácil, y el que no está todavía ejercitado, se dará cuenta de ello en seguida, si se esfuerza en mantener, aunque sólo sea cinco minutos, su mente fija en un solo punto; entonces se dará cuenta de que la tendencia de su pensamiento es errar, y que se introducen en él a viva fuerza pensamientos de todas clases.

Para llegar a fijar la mente durante cinco minutos en un solo objeto, el primer esfuerzo que debe hacerse es generalmente emplear este tiempo en hacerla volver cada vez que se desvíe. Aunque la concentración no sea cosa cómoda, las ocasiones de ejercitarse se presentan, afortunadamente, sin cesar, y su adquisición es de gran utilidad en la vida diaria. Aprendamos a fijar la atención en todo lo que hagamos; empleemos todo nuestro poder y hagámoslo del modo más perfecto posible, Si escribimos una carta, hagámoslo cuidadosamente, sin que negligencia ni detalle alguno la desluzca; si leemos un libro, aunque sea una novela, leámoslo atentamente, tratemos de alcanzar el pensamiento del autor y de sacar todas las ventajas posibles. El esfuerzo hecho a cada momento con el fin de aprender, con el fin de no pasar un día sin ejercitar la mente en cualquier trabajo determinado, es en extremo útil; sólo por el ejercicio se adquiere la fuerza. La falta de actividad es sinónimo de debilidad y engendra la atrofia.

Otra cosa importante es aprender a economizar nuestra energía. Cada hombre posee sólo una cantidad limitada de energía: él es responsable y debe sacar el mejor partido posible. El hombre ordinario desperdicia desatinadamente sus fuerzas, y esto es lo que deben especialmente evitar los que estudian el ocultismo.

El hombre mediano no es sino un centro de vibraciones siempre en movimiento: tan pronto está inquieto, turbado por algunas preocupaciones, como deprimido; cuando desea alcanzar un objeto, le ocasiona un esfuerzo excesivo.

Por una razón o por otra, así como por las cosas más sencillas, está sin necesidad alguna en constante estado de agitación. A una persona sensitiva le es difícil vivir en una

gran ciudad, por la razón de que millares de seres se agitan sin razón por sentimientos y deseos frívolos de todas clases.

El hombre ordinario aun desperdicia sus fuerzas en gran manera en otro sentido: argumenta sin necesidad. Le es imposible tener una opinión religiosa o política o relativa a la vida ordinaria sin ser dominado por un deseo irresistible de participárselo a todos; parece incapaz de comprender que la opinión de los demás no le atañe y que las autoridades que gobiernan el mundo no le han encargado que las pregonase y asegurase la uniformidad de ideas y costumbres.

El sabio comprende que la verdad tiene muchas fases, y que ni un hombre ni una casta pueden conocerla en su conjunto. El sabe que casi no importa en qué asunto las opiniones puedan ser diversas, y por consiguiente dos personas, cuyo punto de vista es opuesto, pueden, sin embargo, tener en su creencia una parte de verdad y de razón; sabe también que la mayor parte de los asuntos que los hombres discuten no valen la pena de serlo, y que os que hablan más alto y con más seguridad son los que saben menos. El que se dedique al estudio del ocultismo evitará el caer en este error; siempre presto a contestar si se le pregunta, rehusará perder el tiempo y le energía en discusiones estériles para todos.

Otra manera de perder la fuerza es ocasionada por la mala costumbre de atormentarse. Muchas personas prevén constantemente el mal para ellos y para los que aman; el temor a la muerte y de lo que la sigue, el temor de una ruina financiera, el temor de perder la posición social, les turba sin cesar: una fuerza enorme se pierde de esta manera que no es ni ventajosa ni aprovechada.

Todas estas locuras son rechazadas por aquel que comprende que el mundo es gobernado por una ley de justicia absoluta, que la voluntad divina quiere progreseemos, sin que podamos evitarlo.

Este, sabe que lo que encontramos en nuestro camino, todo lo que nos pasa, está destinado a ayudarnos y que sólo nosotros tenemos el poder de retardar nuestro progreso; por consiguiente ningún temor por sí, ni por los demás le pueden turbar. El va simplemente adelante cumpliendo lo mejor que puede lo que se presenta, con la certeza de que obrando así todo irá bien para él; sabe que la inquietud jamás ha ayudado a nadie ni aun ha tenido jamás la menor utilidad y que causa un mal grande y una pérdida de fuerzas de las que su autor es responsable.

El sabio, ya no gasta sus fuerzas en emociones irracionales; por ejemplo, no se ofende ni por lo que le dicen ni por lo que le hacen. Si una persona tiene contra él un propósito ofensible o falso, ciertamente que de las diez veces las nueve, esta persona no ha tenido ninguna mala intención y juzga no solamente inútil, sino injusto, el mostrarse turbado. Aun en el raro caso en que el propósito es con mala intención, y que su autor ha querido ofenderle, él cree insensato el afectarse. Ninguna palabra colérica puede ultrajarle más que si él lo quiere, fijándose en ella y dejándola penetrar en sí mismo. Las palabras de los demás, ¿cómo pueden ser dignas de que les permita turbar su serenidad?

Si se abandona y hace caso de ellas, entonces se hace responsable de la perturbación de su mente; nadie ha hecho ni puede hacer nada que pueda perjudicarle. Si se siente ofendido o perjudicado, sólo debe culparse a sí mismo. Si permite a su cuerpo mental o a su cuerpo astral agitarse bajo la acción de las palabras de su prójimo, es que no ejerce todavía dominio perfecto sobre sus vehículos, es que todavía no ha desarrollado el buen sentido, gracias al cual podrá considerar con los ojos de su alma el poco valor de todas estas cosas y continuar su camino trabajando con atención y sin hacer ningún caso al ridículo o la

malevolencia. Pero este punto de vista sólo nos enseña un lado de la cuestión y casi el menos importante.

Seguramente que es necesario para su evolución que el hombre tenga la inteligencia y las emociones bajo su dominio y que no malgaste sus fuerzas; pero es necesario examinar otro punto de vista más importante aún, pues por él solamente, podrá evitar hacer mal a sus hermanos y se hará capaz de ayudarles y hacerles bien.

Por ejemplo, si cede a la cólera, obra desde luego en gran parte sobre sí mismo dejando que se establezca una mala costumbre que hará más difícil la resistencia cuando haga la tentación

También obra muy marcadamente sobre su alrededor al que las vibraciones que él emana afectan inevitablemente. Si hace un esfuerzo para dominar su irritabilidad, quizás los demás hagan lo mismo. Su acción les ayudará siempre o les regenerará, aunque al obrar no piensen en ellos. Cada vez que él cede al deseo de emitir una vibración de cólera, esta vibración tiende a suscitar en el espíritu o el cuerpo astral de otro, una vibración de la misma naturaleza, si es que ya no existe, o a intensificar las vibraciones análogas que se encuentran.

Así hace difíciles los esfuerzos de su prójimo para desarrollarse y colocar sobre sus espaldas una carga más pesada. Por el contrario, cada vez que lucha contra la cólera y la reprime, irradia tranquilas y dulces influencias que ayudan eficazmente a los que le rodean.

Es inevitable e independiente de nuestros esfuerzos, que todo pensamiento que surge de nosotros, influencia nuestro alrededor. Sepamos considerar nuestra responsabilidad en razón del contagio moral de nuestros pensamientos impuros o malos.

Cientos, millares de personas, tienen en sí los gérmenes latentes del mal, gérmenes que jamás nacieran ni dieran fruto, a menos que una fuerza exterior los despierte y los pongan en acción.

Cada vez que cedemos a pensamientos malos, la vibración emitida es quizás el agente que despertará y hará crecer estos gérmenes del mal en un hombre, que dará por causa nuestra, su primer paso en el sendero descendente.

Más tarde este impulso crecerá, quizás bajo forma de pensamientos, de palabras y de actos malos, que a su vez y durante largo tiempo afectarán en mal sentido a infinidad de personas.

Vemos, pues, cuán terrible es la responsabilidad de un solo pensamiento impuro o perverso. Afortunadamente, lo mismo sucede con los buenos pensamientos que con los malos, y el que así lo ha comprendido debe ponerse a trabajar y llegar a ser un sol radiando pensamientos de amor, de calma y de paz. Tal es el magnífico poder que todo ser humano posee, tanto el pobre como el rico, el niño como el sabio.

Estando en posesión de este poder formidable, debemos prestar atención en la manera de ejercerlo. Recordémonos que es preciso pensar de una persona lo que desearíamos que fuese, pues la fuerza que creamos, obra poderosamente sobre ella y procura ponerla gradualmente en armonía consigo misma. Fijemos nuestros pensamientos en las buenas cualidades de nuestros amigos, porque, pensando, contribuiremos a fortificar sus vibraciones, y por consiguiente a intensificarlas.

De todo esto resulta que la costumbre de chismear y armar escándalos, que tantas personas incorrectas y ligeras se permiten, es una gran bajeza y no hay expresión bastante fuerte para condenarla. Cuando cometemos la falta de delicadeza de mezclarnos en los asuntos de los demás, no nos fijamos seguramente en sus buenas cualidades; así es que ciertas personas fijan sus pensamientos en cualquier defecto supuesto de otra, llamando

sobre este defecto la atención de los que quizás no lo hubieran notado, de tal manera que si la persona que designan de tan mal modo y deliberadamente tiene realmente el defecto, pueden aumentarlo fortificando las vibraciones que lo manifiestan. Si como pasa a menudo, la depravación sólo existe en la imaginación de estas personas suspicaces, y de ningún modo en la persona por ellos calumniada, hacen todo lo posible para que surja, y sobre todo si hay en su víctima algún germen latente, su esfuerzo nefasto será muy probablemente coronado por el éxito.

Seguramente podemos enviar pensamientos benéficos a los que amamos; podemos, por medio del pensamiento, presentarles un elevado ideal de sí mismo y desear vivamente que puedan alcanzarlo presto.

Si conocemos los defectos y vicios de la naturaleza de un hombre, no debemos jamás, sean cuales fueren las circunstancias, tolerar que nuestro pensamiento se fije en ellos, pues, haciendo esto, los intensificamos.

Al contrario, creémos con fuerza una forma de pensamiento de la virtud opuesta y enviémosle esta onda benéfica de la que tiene necesidad.

Las cosas pasan así generalmente. Una persona exclama: “¡Oh, querido! Es extraño que la señora tal tenga tan mal carácter. ¿Sabe usted que antes de ayer hizo esto o aquello, y he oído decir que ella, etc., etc.? ¿No es esto terrible?” Y esto lo repite cada persona a sus treinta o cuarenta amigos más queridos; de suerte que en pocas horas muchos cientos de personas hacen converger una corriente de pensamientos de malicia y de irritación sobre la infortunada víctima. ¿Qué puede admirarnos si esta persona justifica pronto sus juicios y les da un nuevo ejemplo de mal carácter del que ellos puedan disfrutar?

Al contrario, el que quiere ayudar, en parecidas circunstancias, apartará de su pensamiento la vibración de malicia y pensará con todo su poder: “Deseo que la señora tal esté sosegada y tranquila; ella es capaz de dominarse: probemos de enviarle frecuentemente fuertes vibraciones de sosiego y de consuelo que la ayuden a realizar las divinas posibilidades en ella existentes.”

En el primer caso se le envía un pensamiento de cólera; en el segundo, de serenidad; en los dos casos, el pensamiento logrará inevitablemente su objeto y tenderá a reproducirse en los cuerpos astral y mental de la persona en quien se piensa. Pensemos, pues, frecuente y afectuosamente en nuestros amigos, en sus buenas cualidades, e intentemos, concentrando nuestra atención en ellas, fortificarlas y ayudarlas. Que nuestra atención en ellas, fortificarlas y ayudarlas. Que nuestra crítica sea bienhechora y busquemos los méritos con tanto celo como la crítica ordinaria busca las apariencias de los defectos.

Con frecuencia oímos decir a muchas personas que no pueden dominar sus pensamientos ni sus pasiones, que a menudo lo intentan, pero siempre fracasan; su conclusión es, por consiguiente, conceptuar todo esfuerzo inútil. Esta idea es anticientífica. Si un defecto o una mala costumbre están fuertemente arraigados es porque en las vidas precedentes⁴ hemos permitido a esta fuerza que se acumulase, porque no la hemos resistido desde el principio, cuando hubiera sido fácilmente reprimida; es, en fin, porque le hemos permitido reunir un conjunto de vibraciones tal que la lucha es ahora difícil.

A consecuencia del pasado, no es fácil hoy día movernos en un sentido determinado, y, por consiguiente, difícil, pero no imposible, movernos en sentido contrario. La cantidad de vibraciones o de energía acumuladas es necesariamente finita, es decir, limitada: habremos consagrado muchas vidas a reunir esta energía, esto es una suposición

⁴ Teoría de la Reencarnación

poco probable; el tiempo empleado es, sin embargo, limitado, y, por consiguiente, los resultados o son igualmente. Si actualmente, comprendiendo nuestro error, comenzamos a observar esta costumbre y resistir a su impulso, será preciso emplear exactamente tanta fuerza en esto como empleamos anteriormente para establecer esta costumbre.

No podemos evidentemente generar de un modo instantáneo una fuerza capaz de equilibrar el trabajo de muchos años; pero cada esfuerzo disminuirá la cantidad, y puesto que podemos, como hombres vivientes, generar indefinidamente fuerza de esta clase, puesto que podemos sacar una gran reserva de fuerzas, con seguridad que si preservamos, lo conseguiremos.

A pesar de los frecuentes choques, todo esfuerzo disminuirá la reserva de la fuerza que combatimos y que se extinguirá ante nosotros. La certeza del éxito definitivo es matemática.

Gracias al conocimiento del empleo de la corriente del pensamiento, podemos siempre prestar nuestra asistencia a las penas y sufrimientos que conocemos. Muy a menudo nos es imposible hacer nada en el plano físico en bien de la persona que sufre: nuestra presencia le es inútil, su cerebro está cerrado a nuestras sugerencias por su prevención o su santurronería; pero sus cuerpos astral o mental son más fácilmente impresionables que el cuerpo físico y están siempre abiertos a una onda de pensamiento de socorro o a un sentimiento de consuelo y de sosiego.,

No olvidemos que la ley de causa y efecto se aplica a la materia sutil así como a la materia densa, y que la energía que nosotros vertimos debe alcanzar su objeto y producir su efecto. Sin duda alguna, la imagen o idea que queremos colocar ante un hombre para ayudarlo o confortarlo, lo alcanzará. La claridad de este pensamiento, cuando se presente a su mente, depende primeramente de la claridad del contorno que le hayamos dado, y en segundo lugar del estado mental de esta persona en el momento de llegarle el pensamiento. Si su mente está absorta en la idea de sus sufrimientos y de sus pruebas, nuestro pensamiento tendrá poco puesto para introducirse; pero en tal caso, la forma del pensamiento esperará el momento propicio, y cuando su atención se distraiga o la fatiga le obligue a suspender la actividad de su propia serie de pensamientos, los nuestros se deslizarán en su mente y cumplirán su mensaje compasivo.

Existen sobrados casos en que la mejor voluntad del mundo es imponente en el plano físico; pero no se podrá encontrar uno solo, en los planos mental y astral, en que los pensamientos de afección firmemente concentrados no pueden aportar algún consuelo. El fenómeno de la curación mental, demuestra cuán poderoso es el pensamiento aun en relación con lo físico, puesto que obra con más facilidad en la materia astral y mental; es fácil formarse una idea de su formidable poder cuando se lo quiere emplear para el bien.

Deberíamos acechar las ocasiones de ser útiles de esta manera, y muchas se nos ofrecen sin duda alguna. Cuando estamos en la calle, en un tranvía o en el tren, encontramos a menudo personas que revelan depresión o tristeza; ésta es una ocasión que es preciso aprovechar inmediatamente tratando de ayudar y reanimar a estas personas. Tratemos de presentarles claramente la idea de que, a pesar de sus disgustos y penas, el sol brilla siempre por encima de todos, que hay muchas cosas buenas y bellas en el mundo, y que ante todo deberían ser agradecidos.

Algunas veces podemos comprobar el efecto inmediato de este esfuerzo viendo que bajo la influencia de nuestro pensamiento esta persona se pone más contenta. No es necesario alcanzar siempre un resultado físico inmediato; pero conociendo las leyes de la naturaleza, sabemos que tarde o temprano el resultado se obtendrá.

Es difícil, para el hombre que no está acostumbrado a esta clase de estudios, creer que él influye en aquellos a quienes dirige su pensamiento; pero la experiencia nos ha demostrado que, en un gran número de casos, cualquiera que se ejercite en este esfuerzo encontrará en un momento dado el testimonio de sus éxitos, y ya no le será posible dudar.

Debemos procurar que la ayuda hacia todos aquellos que conocemos y amamos, sean vivos o muertos, sea en nosotros natural y forme parte de nuestra vida. Injustamente les creemos muertos, y la posesión o la ausencia del cuerpo físico no cambia en nada la acción de los esfuerzos dirigidos hacia los cuerpos astral o mental. Por una práctica constante y regular podemos hacer mucho bien, pues la fuerza aumenta con el ejercicio, el mundo será ayudado por nuestros esfuerzos benéficos y al mismo tiempo nosotros desarrollamos nuestros propios poderes y aseguramos nuestro progreso.

Recuerdo haber leído en un libro americano sobre la curación mental un párrafo que demuestra admirablemente cuál debería ser la actitud del Teósofo ante sus poderes y en relación con sus semejantes en la vida diaria: “Amasad con amor el pan que cocéis.” Y a continuación: “Poned energía y valor en el paquete que atáis para la mujer de semblante abatido.” “cuando paguéis a un hombre al parecer receloso, dadle confianza y franqueza al mismo tiempo que vuestro dinero.”

Esto es atrevido como expresión, pero muy profundo y bello como pensamiento. Esta es verdaderamente la concepción teosófica; cada encuentro es una ocasión y toda persona con quien nos ponemos en contacto fortuitamente debe ser ayudada. De este modo, quien observa la Buena Ley, marcha en la vida distribuyendo sus beneficios sobre todos los que le rodean, haciendo por todas partes el bien con modestia; pues frecuentemente aquellos que reciben la ayuda y el beneficio no saben de dónde les viene.

No olvidemos que a esta obra benéfica cada hombre puede y debe contribuir por su parte; todo el que piensa, es capaz de enviar beneficio y socorro, y ningún esfuerzo de esta clase quedará jamás sin éxito mientras dure la Ley del universo. El resultado a menudo nos pasa inadvertido, pero es siempre un hecho, y nadie sabe el fruto que puede nacer del pequeño grano que siembra en el sendero de Paz y Amor.

Editado Electrónicamente

Por

La Gran Obra

<http://www.geocities.com/lagranobra/>

lagranobra@yahoo.com